

Walter Santa María Bouquet:

1980, México DF. Estudió letras hispánicas y actualmente es estudiante de historia, becario de la UNAM. Asistente de investigación en el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM. Miembro del Seminario de Estudios Históricos Sobre la Edad Media. Coordinador del grupo “Pájaro Pinta” de arte para niños.

Cristal Negro (2003)

La tormenta, inclemente, azota el suelo del cuartel con su látigo de granizo. El golpeteo cristalino casi no deja espacio a ningún ruido ajeno a su murmullo. Desde la torre de vigilancia el general alcanza a escuchar, de vez en vez, la marcha de los nuevos cadetes alrededor del asta bandera. Lleva largas horas observando por la ventana, sentado en el abandono de su rango superior... solitario... aburrido, con la mirada fija en un punto negro que espera, estático, en el centro de la plaza.

A pesar de que la lluvia no permite distinguir con claridad, desde la distancia el general lo sabe perfectamente, ese punto que lleva inmóvil más de doce horas es un soldado montando guardia. El frío es intolerable y encrudece ante la falta de movimiento. Sus ojos atentos lo saben y esperan, cautelosos, a que el soldado amonestado no pueda más y pierda su firme postura.

Las horas pasan monótonas y pesadas sobre sus párpados cansados de vigilar... cierra los ojos un momento para abrirlos y descubrir que la lluvia paró, el viento helado del amanecer congela las gotas sobre la ventana. 18 horas han pasado y el punto negro permanece inmóvil, parado junto a la base del asta central. Su postura firme lo enfurece. - ¡Este cabrón se debe haber dormido!- toma el fuste y su silbato. Atraviesa la plaza en largos pasos y se frena en seco frente al soldado en guardia. El impermeable escurrido susurra azotando el cuerpo inmóvil, despersonalizado. Arrancado de su esencia, del motor de su voluntad. Relegado a la cristalización, a la enajenación de la obediencia. Parado ahí, hace 18 horas, estático, batallando contra el viento... ¿por cuánto tiempo? ¿cuánto? Una batalla inconquistable, sin principio ni fin... ¿acaso el viento tiene un límite? El soldado lo tiene, parado ahí como estatua, congelado por una orden.

El general marcha a su alrededor marcando el paso, haciéndose notar. Ningún movimiento. Se detiene buscando los ojos bajo la capucha; rostro azulado de mirada fija en el vacío, párpados bien abiertos. El general sonrío al ver el miedo petrificado en su cara. Hace sonar el fuste contra su bota – Firme cadete- vocifera molesto; nada, ni un parpadeo. La sonrisa en su rostro incisivo se transforma en una mueca incomprensible. Un escalofrío recorre su cuerpo tan solo de pensarlo. Batalla contra el miedo que no puede permitirse, observando sin saber qué hacer al soldado que no responde.

La sangre inquieta calienta su cabeza y fuera de sí golpea el pecho del cadete con su puño, como si quisiera comprobar que existe, que está ahí frente a él. El cuerpo congelado cae al suelo como roca de mármol, golpe seco de tabla contra el pavimento, vista fija perdida en el infinito... ni un parpadeo.

El general no tarda en comprender, con el corazón acelerado, que el soldado obediente es un soldado muerto.